

Jesús A. García Sevilla

Los sexos de Mabel



Ediciones
Irreverentes

Jesús A. García Sevilla

LOS SEXOS DE MABEL

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

de la obra © Jesús A. García Sevilla

de la foto de portada © zdenek kintr

Noviembre de 2012

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-47-8

Depósito legal: M-29675.2012

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño y maquetación: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*Si la nature a bien ou mal fait de briser le moule
dans lequel elle m'a jeté, c'est ce dont on ne peut
juger qu'après m'avoir lu.*

Jean-Jacques Rousseau, «Les confessions» (1782)

Estoy harta de todo. *Oui, j'en ai marre!*

Ya lo sé, querida, pero no desesperes y piensa que eres un palimpsesto de carne y hueso, viejo e impenetrable como el tiempo, pero si rascas un poco..., qué más quieres que te diga, eso es cosa tuya, decídette, rasca y lija, rasca con rabia y quizá acabarás descubriendo tus propias huellas, y entonces yo me reiré y te diré que todo es una farsa maquiavélica...

Shut up! ¿Te lo crees de verdad, maldita embaucadora? Mira que estoy más que ahíta y aburrida de esta vida. Vale, no me digas nada más. ¡Rascaré!... Pero antes rotularé mi cuaderno número IV y pondré la fecha de hoy: 11 de enero de 2002, viernes de penitencia. Había una vez una princesita que se llamaba... ¡Yoo...! Me llamo Mabel Irigaray, esto ya lo sé, pero lo remarco aquí para fijar una verdad fundamental que es la única cierta para mí y para saber, viendo mi caligrafía, que existo y que tengo una identidad, ¡qué diablos!, y también, para qué voy a engañarme, porque me estoy poniendo nerviosa. Sí, escribo mi nombre y apellido para tranquilizarme, despacito, ya que me conozco y sé de sobra que me voy acelerando, a tumba abierta, lo noto en el sudor que rezuma de la mano que escribe, y presiento que en pocos minutos podría incluso explotar y ponerme a romper cosas como una loca..., ¡gilipollas!, que sois unos cretinos. Ten paciencia Mabel, así no, con estos exabruptos no vas por el buen camino; escúchame y no te dispaes, tienes que calmarte porque nada puedes hacer para remediar este estúpido contratiempo,

ponte cómoda y mira a tu alrededor... , lo ves mujer, todo parece normal, todo saldrá bien... , así está mejor, tranquila, aprieta el lápiz, ve rascando con cuidado y escribe en tu bonito cuaderno...

Sí, me concentraré en mi nombre y en el deseo furioso que aún despierto en los hombres, las dos cosas me excitan y me calman. Mi nombre es Mabel, Mabel y Mabel. Sí, me gusta cómo me llamo, sí, soy yo, la pequeña y tímida cosita de amatxu... , pero, ¡jolín!, muy cerca ya de atrapar la cuarentena. *Hélas oui!*, pero no exageres, querida, que todavía nos faltan trescientos días para llegar a esa horrorosa cifra... ¡Y qué, pues!, yo estoy aquí perdiendo mi precioso tiempo sin discernir a ciencia cierta el porqué y según me hacen saber a todas horas en un lugar que no me corresponde. Vuelve a casa, dice y repite mamá con insistencia, aquí encontrarás a un buen chico, uno de por aquí de toda la vida, cástate con él y ten hijos, que ambas cosas serán tu felicidad, y déjate de monsergas que todo eso de la investigación genética es para los hombres. ¡Y qué!, le contesto yo. Tu mundo y todos tus satélites, incluido el pobre aita cuando vivía, me son ahora extraños, como este triste aeropuerto... ¿Por qué dices eso, hija? Y ella, erre que erre, vuelve a la carga e insiste y me recuerda siempre que se le presenta la ocasión que me llamo Irigaray y a continuación, cómo no, Izurdiaga, como el intransigente de su papá. Pero, ¡qué no te enteras!, yo no quiero ser como tú, amatxu, y entonces ella me machaca de nuevo diciéndome que soy la única persona con esos nombres en el listín telefónico de Ginebra... Lo ves, hija, ahí no tienes nada que hacer, te digo que vuelvas a casa. Y en este momento estoy incómoda y de mal humor pensando en sus delirios, y también por culpa de esos cabestros desconsiderados de la aviación... ¡Mabel, siéntate con corrección!, me decía a la hora de comer, en la iglesia y en cualquier otro lugar. ¡Pues no quiero!, respondía yo sin mirarla, sólo para hacer-

la rabiatar. Y así estoy aquí ahora, mal sentada porque me da la gana y sin quererlo arrugando la falda y la chaqueta que más me gustan, y encima sufriendo el retraso de un avión que me llevará a otros lugares que tampoco me corresponden. Primero iré a Zurich y luego a Tokio, ¡qué fastidio!, aunque los colegas me han comentado con entusiasmo que la ciudad de esos pequeñajos es muy maja y que el esfuerzo vale a pena, incluso las doce horas de vuelo amarrada a tu asiento, y que además algunos japoneses no están nada mal, ¡pues bien!, quizá me liaré con alguno.

¿Para qué vamos tan lejos?... Sí, ya te he oído ahí adentro. Lo sabes de sobra, ¡pesada!, pero te diré una vez más que nos desplazamos para trabajar un ratito y cumplir con nuestra obligación. Voy a colgar mi póster en esa reunión científica de hombres feos y prepotentes. ¡Qué te creías, pues! Voy para ganarme la vida, chica, para enseñarles cómo follan mis moscas y el maldito baile de genes que luego se organiza en lo más profundo de las pobres bestias. Con la mía, claro está, que es del género *Scathophaga* y de la especie *stercoraria*, la del mismísimo señor Linneo, la de color amarillo, la depredadora de su prima la *Musca merdaria*, y, ¡oh paradojas!, la que me permite comer un poco de mierda con mi ruin salario, siempre trabajando como una burra. ¡Maldita sea!, cuántas especies de escatofágidos hay..., qué sé yo, ya no me acuerdo pero en la Facultad sabía toda la fauna de memoria. ¡Venga!, vamos a intentarlo porque aburrída como estoy tengo todo el tiempo del mundo. Veamos..., *Scathophaga furcata*, *inquinata*, *lutaria* y *scybalaria*, *ora pro nobis*, *suilla*, *mollis*, *fluvialis*, *apicalis*, *nigripalpis*, *pictipennis* y *tinctinervis*, ¡qué retentiva la tuya, Mabell, *stercoraria*, no, ya la he dicho, *varipes*, *incola*, *intermedia*, *multisetosa*, *nigrohirta*, *obscura* y *obscurinervis*. ¡Moscas!, señoras y dueñas del mundo, ¡rogad por nosotras! Pero a mí que más me

dará toda esta gilipollez de taxonomía, porque, en el fondo, estas historias de los genes no me interesan tanto como la gente se cree en el laboratorio, a mí me gusta más lo otro.

Sí, mi querida amiga, yo te lo diré para que te quede más claro..., a ti lo que de verdad te gusta es mirar el espectáculo con tu lupa, saber, con todo lujo de detalles, cómo el macho se prepara para la jodienda y con qué equilibrios consigue penetrar con su cosita a la sumisa hembra, y luego regocijarte viendo cómo babea él por los resquicios de su abdomen al hacerlo, disfrutando, porque eso es lo que tú crees que el miserable siente... *Ob là là*, pues sí, mona, pero al cretino de Dominique sólo le obsesionan los chismes genéticos posteriores y que además sean lo suficientemente interesantes para que puedan dar lugar a nuevas publicaciones. Y así estamos todo el santo día, querida, que si el gen pa pasa a pe y luego pe a pi o pu, porque esta memez es la única diversión que tenemos en el laboratorio. ¿Qué consigue el jefe con ello?, pues casi nada salvo *faire chier tout le monde*, el muy impotente, y me envía a mí, ¡hala!, con la excusa de su fobia a los aviones, para que cuente el cuento con ese póster lleno de figuritas horriblemente frías. Porque, vamos a ver, las dichosas columnitas blancas y negras no tienen ninguna garra, ¿no?, una cosa tan sosa sólo puede interesar a los tipos de su mentalidad, amariconados, aborregados, ciclotímicos, cortitos de neuronas, ¡joder!, menudo papelón el mío, y yo, la esclava, siempre diciendo que sí porque, si un día dijera que no, podría quedarme sin empleo.

¿Qué harías entonces, Mabel?... ¿Qué haría yo? Pues no tendría más remedio que regresar a Bilbao para buscarme un *boulot* y aunque no quisiera retomar mi minúscula órbita alrededor de amatxu, ¡cómo chupa la condenada!, y encima perder para siempre a Christelle, y luego tener que aguantar el chismorreos venenosos de la gente, esos

tiquismiquis perdonavidas, en tu propia cara. ¿Te acuerdas de Itxaso, tu compañera de colegio?, pues ya tiene tres chicos rubios encantadores. Cómo no voy a acordarme si es mi mejor amiga, pero y qué, ¡ni hablar!, categóricamente os digo que ¡no!...

Sigo sin noticias del avión suizo que debe llevarme a Zurich. ¡Qué idiotas!, adiós muy buenas, el avión japonés se irá sin mí. Cálmate, Mabel... Vale, tienes razón, tengo que distraerme porque si no me sosiego acabaré armando un escándalo. Lo dejo aquí, ya he preguntado bastantes veces a todo bicho viviente de la compañía. Ya me avisarán, eso me han dicho con una sonrisa tonta.

Sí, tú calla, rasca y escribe..., y luego nos reímos... Pues mira chica, ahora que lo pienso, después de las moscas me viene sin mayor esfuerzo el fantasma sexual de J.J. ¡Pues no faltaría más! Ha llegado el turno de la Mabel hermenauta, Molly, porque me acuerdo mucho de ti y de tus sabrosas cosas. La pura verdad, no te engaño, es que lo hago con harta frecuencia y en este momento no sé si es por una sencilla asociación de ideas que a menudo me hace pensar en tu madre o si es por este maldito aburrimiento de hoy que sin querer me lleva a considerar el que tuviste tú al lado de tu sexualmente insulso Poldy Ulises. Cómo te lo diría, creo que de alguna manera me parezco a ti, Marion Tweedy, porque, cuanto menos, nos une algo relacionado con nuestras ovíparas madres que, para nuestra soledad, sólo pusieron un huevo que llegara a buen puerto: Lunita Laredo, la tuya, que no se ocupó para nada de tu existencia, y la mía, Arantxa Izurdiaga, que lo hizo y lo hace en gran exceso. Ya ves, querida, donde está el parentesco, sí, hablando en plata, justamente en esta aparente contradicción porque los extremos siempre acaban tocándose, y en nuestro caso despertando las mismas emociones negativas y algunos odios que no queremos o no nos atrevemos a exteriorizar. Pero

también tengo entre ceja y oreja que el vínculo más importante, el que siempre me lleva a tu lado, es que somos mujeres de intensa y ciega sexualidad. Vamos, eso creo yo, perdona si me equivoco, y en tu caso reconozco y gritaré mil veces el valor y la decisión de tu comportamiento en aquella peregrina vida de papel que te hicieron vivir. Sí, qué le vamos a hacer, nos gusta provocar a los hombres y también la ropa íntima. Tú, con tus ligas de color violeta, y yo, con las mías negras, somos infalibles, ¿verdad?, tumbadas en la cama y con las piernas entreabiertas, ¡pum!, los colores nunca fallan, *c'est génial!* ¿Qué más?... ¡Ah, sí!, está el asunto de la cantidad pero yo no soy tan meticulosa como tú y no llevo la cuenta de mis amantes, aunque estoy segura, Molly, de que yo he tenido más de veintiséis, ¡créeme!, pero reconociendo ahora mismo, porque eso va por descontado, que esta suma tuya de hombres no fue una cuantía nada despreciable para una mujer como tú en aquellas circunstancias, vaya, sin un tío fijo en casa con el que follar. ¡Admítelo!, con ese marido tuyo no lo hiciste ni una sola vez en los últimos diez malditos años. Seguro que ya no le gustaban tus grandes pechos redondos ni tus uñas lacadas, todos son iguales, primero te toman con mucha afición y luego sólo de vez en cuando y con desgana, como te lo cuento. ¡Vaya con ese Don Poldo de la Flora! Pero esto otro también, Molly, te lo digo yo porque tú no puedes leerlo en el libro, y puedo confesarte que ese tarado fue capaz de masturbarse, así, como un poseo, *très cool*, mirando con obscena fijación las braguitas de nansú que le estaba enseñando la atrevida cojita MacDowell en la playa.

¡Deja el estropajo, Mabel!, estos restregones no te llevarán a ninguna parte... ¡Calla, bruja! Qué lugar tan siniestro y aburrido es este aeropuerto, Molly. Ya casi van dos horas de retraso. Me fastidia esperar y no tengo ni ganas de repasar los *papers* que me llevo para discu-

tir los resultados de mi trabajo... , porque seguro que algún hombre vendrá a preguntarme y de paso a mirarme de cerca, y al arrimarse, tú también lo sabes, son como moscas cojoneras, como si no supiera yo cómo son y lo que quieren. ¡Mira!, sin ir más lejos, como ese pájaro de ahí enfrente en su chiringuito, que está igual que yo, aburrido, encerrado en su jaula amarilla, menudo tenderete de *merde* para tomar café, con ese retorcido letrero luminoso de neón que dice «*Jaune-Amarillo-Yellow*», ¡qué tontería con mayúsculas!, ¡qué inteligencia de publicidad! Pero el periquito no está nada mal aunque lo han vestido de forma ridícula, con esa horrible camisa a rayas verdes y blancas, estrechitas, y con su pajarita amarilla que desde aquí parece una *Stercoraria* desvalida, qué horror de hombre. ¡Pero qué desfachatez!, el tío no hace otra cosa que examinarme. Estoy segura de que le gusto, le miro yo ahora y no deja de fijarme con su mirada, ¡qué descarol!, diría mamá, no le mires tú, hija, pero el *regard* no transmite nada, es otro tonto descerebrado. Venga, Mabel, ¡atrévete!... Sí, voy a provocarle, Gerty, mira lo que hago, y tú también amatxu, voy a descruzar las piernas y ahora sí, fíjate, cuando las entreabro un poquito más al acomodarme en la butaca, sus ojos brillan, sí, mala bestia, es mi braguita y tú la deseas... ¡Cielos, me ha desnudado, me está violando! El pájaro tiene imaginación, no está nada mal ese tipo, es joven y fuerte pero veo en su mirar una tosca experiencia. ¡Qué le vamos a hacer!... Sabes qué te digo, pues que no me importa en absoluto, chica, porque conmigo aprendería... , o acaso me equivoque, puede que sí, ¡pues sí!, es un licántropo, es un *beachboy whore*, es una cucaracha peluda que debe apretar con una fuerza divina. ¡Oh Mabel!, si tuvieras tiempo de sobra, entonces, de perdidas al río. Sosiégate, nena, porque no lo tienes, pero si lo tuvieras es verdad que conseguirías que se acercara a ti babeando, gimiendo como un

perrito faldero, tu lulú, y sin gran esfuerzo le arrastrarías hasta el fondo de los lavabos, aunque él perdiera allí su empleo y tú lo que ya no tienes, y luego...

Y ahora, al ojearnos otra vez, él levanta un poco las cejas y yo entiendo lo que me dice y el violador, con mi media sonrisa, comprende a su vez que yo también he atrapado la esencia del mensaje. Para estas cosas de los amoríos, ya se sabe, no hace falta hablar. Voy a seguirle el juego hasta que me llamen para embarcar. Voy a tomarme un café.

—*Bonjour Monsieur. Je voudrais un espresso, s'il vous plaît.*

—¡Ah, caramba!, qué sorpresa, usted es española...

—Pues sí...

—Perdone el atrevimiento pero la he reconocido por su acento, por la forma de decir «jé», yo lo digo igual.

—¿Igual de mal?...

—Perdone usted, no quería decir eso. Es que así, de repente, he comprendido que puedo hablarle en español.

—Bueno, sólo era una broma.

—Yo soy toledano, de la Puebla de Montalbán, y me llamo Blas Cuadradillo, para servirla. Ahora mismo le preparo su café.

—Gracias. Y que sea cortito, por favor.

—Cortito y cargadito, como nos gusta a nosotros, ¿eh?

—Sí, gracias.

—¿Hace mucho que espera?

—Sí..., o al menos a mí me lo parece. Me dijeron que la demora sólo sería de una hora, pero ya han pasado dos y no anuncian la salida.

—Pues tenga un poco de paciencia... Hoy todos los aviones van con retraso, se conoce que no pueden despegar ni aterrizar o que lo hacen con mucha lentitud por culpa de la niebla.

—Sí, eso me han dicho.

—Es normal, el invierno en Ginebra es así..., tenemos poca luz y esa espesa capa de nubes siempre encima de nuestras cabezas... Ya está listo, aquí tiene su cafetito.

—Gracias... Y lo del dichoso invierno ya lo sé porque yo también vivo por aquí.

—¡Ah, bueno! Entonces que voy a explicarle a usted... Eso también quiere decir que sólo se va de viaje por unos días y que volverá pronto.

—Sí, tendré que volver... El café está muy bueno, como a mí me gusta.

—Muchas gracias. Por aquí todo el mundo lo quiere más largo. No entienden nada de cafés.

—Usted cree...

—Pues sí. ¿A dónde se dirige? ¿Va usted a casa de vacaciones?...

—No, voy un poco más lejos, a Tokio, por motivos que tienen que ver con mi trabajo.

—¡Caramba! Perdona la sorpresa, pero es que encuentro muy interesante eso de trabajar y de viajar a la vez.

—Pues no sé. Qué quiere que le diga, muchas veces el asunto no resulta nada divertido.

—Pues ya ve, a mí si me gustaría poder hacerlo. Trabajar menos y viajar más, sobre todo ir al Japón porque me han dicho que allí fabrican unas muñequitas estupendas.

—¿Le gustan las muñecas?

—Pues sí, colecciono algunas.

—La verdad, eso tiene gracia...

—No se ría, por favor... Pero claro, se comprende que usted ya no está para peponas.

—Perdone, no era mi intención ofenderle. Lo siento.

—No tiene importancia... Yo, hace un momento, al verla sentada ahí enfrente escribiendo en su agenda y con el maletín a sus pies pensé, creo que sin equivocarme, ¿verdad?... que usted era una de esas ejecutivas, vaya, que usted es una mujer importante.

—¿Lo dice en serio?

—Pues claro que sí y además, si me permite decirlo, también es usted muy atractiva.

—¡Hombre!, pues muchas gracias por los dos piropos. Con esto se conoce que es usted muy españolito.

—Y en otras cosas también, no se crea... ¿De dónde es usted?

—De Bilbao.

—¡Vaya qué casualidad! Mire, otra coincidencia, yo estuve trabajando allí hace ya algún tiempo de camarero en un hotel del centro. ¡Y qué de cosas me pasaron en su ciudad!

—Ya ve usted..., hoy todo son coincidencias. ¿Le gustó Bilbao?

—Sí, mucho, sus paisanos son muy simpáticos... ¡Vaya cuadrilla de amigos te la mía!, y todo el día de cachondeo, y allí se come muy bien, ¿no es verdad?

—Eso dicen. Bueno, voy a pagarle el café que se me hace tarde...

—Espere, voy a prepararle otro cafetito porque va a hacerle falta, el viaje es muy largo...

—No, muchas gracias. Tengo que irme.

—¿Por qué tanta prisa?

—Pues porque acaban de anunciar la salida de mi vuelo. ¡Ya era hora! A ver, dígame, cuánto es..., no sé si llevo monedas en el bolsillo..., pues no, espere, voy a buscar en el maletín...

—Déjelo, que quiero invitarla. De todas formas esos tíos del «*Yellow*» no controlan bien el negocio. No se preocupe por las monedas, déjelo...

—Bien, pues muchas gracias otra vez.

—¿Cuándo vuelve? ¿Qué hace?...

—El viernes por la tarde, dentro de una semana.

—Espere... Si pasa otra vez por aquí me gustaría invitarla a otro café. Vaya, si usted quiere.

—Le he dejado mi número de teléfono apuntado en el tique. Tengo prisa. Adiós.

—Espere un momento..., ¿cómo se llama?

—Mabel.

Retomo mis notas. Ahora me río pero qué apuro pasé con ese hombre, el Cuadradillo de Toledo, porque vaya descaro el suyo, cómo se embolsó el pitecántropo, lo noté desde su primera palabra. Y tú también, Mabel... Estás en lo cierto, no sé cómo me atreví a provocarle de aquella manera tan clara y directa, nunca había regalado de este modo mi número de teléfono a un desconocido.

En fin, voy con lo mío. Anoto algunos asuntos serios para releer y pensar en ellos más tarde. Empiezo con el tiempo, siempre el dichoso tiempo. ¿Qué cosa es el tiempo en el fondo? Pues no lo sé,

cariño, dímelo tú si puedes pero en todo caso no es una cosa que se pueda coger así como así... Tienes razón otra vez, y además indagar sobre su naturaleza dicen que es muy complicado. Yo me quedo con lo que escribió S.A. en el libro XI de sus Confesiones, asegurando que si no me preguntas lo que esa entidad es yo lo sé, pero si me interrogas sobre ello y yo trato de explicártelo entonces ya no lo sé. El Santo africano, que por cierto no me aburrió con su novela, era un tipo listo y poseía además una gran profundidad de razonamiento, vaya, lo que ahora se denomina tener *insight*, ¿no te parece? Sí, de eso no cabe la menor duda... Pues bien, déjame ahora seguir con algo más fácil.

Estamos en el vientre de este pajarraco metálico, en silencio, cada uno con sus cosas, un poco intimidados, flotando en el aire. Hace ya un rato que el enorme avión, un B747-400 de la compañía JAL, despegó a su hora, con puntualidad japonesa, a las dieciocho cero cinco. El piloto nos ha comunicado, primero en japonés y luego en inglés, que llegará a Narita transcurridas unas doce horas más, tras recorrer diez mil kilómetros como si nada, eso si no sucede algún contratiempo, porque si algo ocurriera sencillamente la máquina no llegará y nosotros tampoco. Todos los pasajeros saben que los imprevisos de estos pájaros son mortales (nota: buscar relación entre pájaro y pasajero, aunque esta dudosa sinonimia tal vez sea una tontería de las mías). Si llegamos a buen puerto serán las seis de la mañana en mi estudio ginebrino pero ya habrán transcurrido siete horas más allá adonde nos dirigimos, y así, de golpe y porrazo, me habrán robado unas horas de mi vida, cuatrocientos veinte minutos sin aparente existencia, perdidos tontamente vagando por encima de las nubes, como un angelito ocioso, pero a mí me parece que el tiempo es una pura invención porque yo, sin existir, seguiré respirando.

En este momento, sin ir más lejos, ya no sé qué día es hoy. Mabel, atiende, creo que el Santo no estaría de acuerdo con este considerando... ¡Mujer, no seas pesada! En realidad este asunto del tiempo no debería preocuparme, ya que durante el camino de regreso ganaré las mismas horas virtuales que ahora voy a perder para dejar la cosa en su sitio. Mabel, te exhorto para que averigües si el tiempo es real o no, esto no es una tontería... Te digo que es irreal. Por favor, no empieces a desvariar... Pues yo creo que la eternidad debe ser así, un tiempo intemporal en un lugar sin espacio. Sí, creo que soy un claro ejemplo de metempsicosis, la misma mujer en la vieja piel de la sexy Marion Tweedy. Está bien, de acuerdo, no te adelantes, pero si no soy una reencarnación y todavía soy yo misma entonces todo este embrollo de mi ser es una panpsicosis, una nueva locura por descubrir, o acaso sin saberlo soy la metátesis de mis propias palabras en el tiempo. Quizá, pero tu amatxu no estaría de acuerdo, ella se cree lo de los curas... (nota: comprobar si razono bien cuando me escucho; me parece que con el asunto de los genes, sin meditar sobre la trascendencia de los resultados, lo hago un poco mejor).

Quiero escribir otras cosas extrañas. Cuando el ave tomó impulso sobre la pista para emprender su majestuoso vuelo me dejó ver con sus propios ojos, es decir, en la pantallita que tengo enfrente, cómo las rayas bancas y discontinuas dibujadas sobre el asfalto iban acercándose unas a otras hasta juntarse y luego, tras un tirón brusco, ¡qué sensación de vértigo!, aparecieron los tejados de las casas y poco después atravesamos las espesas nubes, blancas, como copos gigantescos de nieve y en seguida apareció el cielo azul y de mí se apoderó una emoción de enorme soledad (nota: ¿existe alguna relación entre tiempo y soledad?; esto se me antoja más verosímil). Estoy en la fila 31, letra A, junto a la ventanilla, justo un poco por delante de una de las alas del

pájaro, inmóvil sin duda como la otra, y el animal, sin batirlas, se desplaza no obstante a gran velocidad, empujado por una fuerza misteriosa. Aquí, concentrada en lo que pienso, prefiero imaginar las cosas como en realidad no son porque así puedo entenderme. Creo que el avión es un pájaro, la cámara de televisión del morro sus ojos y el empuje del motor la mano de una niña, la que yo fui, que lo desplaza sobre su cabeza dándole vueltas en suaves círculos, pues así me gusta ver las cosas que me dan miedo porque sé que esa niña no soltará el pajarito hasta que lleguemos a Tokio (nota: lo del tiempo nostálgico de la niñez ya me lo sé de memoria).

Para simpatizar con ese país tan alejado he tomado el menú japonés, cuyo plato principal se anunciaba con un sugestivo *Tori Kijiyaki Don*, pero ha sido una decepción total al tratarse de un vulgar trozo de pollo blanco con arroz, sin más historias y para mi gusto bastante insípido. La azafata me ha dicho que me darán de comer otras dos veces y basta. Es una suerte porque alguien me ha comentado que en vuelos más largos la cuarta dosis de alimento que te ofrecen, aunque sea con la mejor intención, puede ser mortal en algunas personas delicadas. Estoy sola, no me acompaña nadie en los asientos vecinos y a lo largo de toda la fila sólo hay tres personas adultas. Las más cercanas, pasado el pasillo, son un hombre, con gruesas gafas y gorra de visera que dormita plácidamente, y una mujer que, acostumbada a obedecer, parece velar su sueño. Más allá, junto a la ventanilla, está sentada una mamá joven con su niño, al parecer ya crecido y con dientes, que implora mamar con lloriqueos hasta que lo consigue, y ella parece sentirse feliz y a mí me gustaría saber lo que piensa. Los cuatro son japoneses y regresan a casa.

Yo huyo de la mía. Mabel, si así lo crees tendrás que razonármelo... Ahora no, querida.

Miro por mi agujero y anoto: nubes blancas abajo y arriba el Sol, volamos hacia el Noreste. El mundo ha ido desfilando sin que apenas me diera cuenta, Alemania, el mar Báltico y Finlandia, y luego el avión ha girado un poco más para adentrarse en la gran Rusia. El Sol se ha movido, así quiero creerlo, y deja de calentar mi cara. En este momento aparece una tormenta allá abajo, entre unos enormes nubarrones negros, no oigo nada pero debe ser terrible, se ven los gigantes relámpagos que se adivinan cayendo sobre la tierra encharcada, pobres mortales. Pero yo estoy aquí, segura en mi asiento, y desde estas alturas miro el planeta Tierra sin miedo, como lo haría una diosa. Todo esto me excita y no puedo dormir aunque debería intentarlo. Justo en este instante, suspendida a once mil metros de altitud y en este punto incierto de mi noche, veo una luz blanquecina al Este y un cielo rojizo al Oeste, ¡qué maravilla!, todo lo que dicen de la astronomía es cierto, lo juro. Mabel, estas cosas ya no deberían sorprenderte... Tú calla, conciencia ignorante, qué me vas a decir a mí. El Sol ha vuelto antes de tiempo y sin mayor necesidad adelanto mi reloj, sólo por el placer de dejar de existir durante siete horas, ¡jelines!, pues no he notado nada. Lo ves, sabelotodo... Hemos llegado a un punto de inflexión dentro del círculo polar donde el avión, sobre la península de Yamal, ha cambiado de rumbo para tomar una dirección Sureste. Siguiendo esta ruta atravesará parte de las heladas estepas rusas, toda la meseta siberiana de un tirón, las soleadas montañas de una gran cordillera (en este momento no me acuerdo del nombre) y luego recorrerá majestuosamente el mar del Japón hasta llegar a nuestro destino.

Estoy un poco intranquila, ahora, *tout d'un coup*, me preocupa la presentación de mi póster ya que tendré que hacerlo lo mejor posible para que Dominique sepa que el viaje valió la pena. Se me ocurre

que sería una buena idea añadir algunas palabras clave al final de mis pensamientos para poder buscar luego, con mayor rapidez, los más inquietantes (la verdad, no lo he hecho en los tres cuadernos anteriores). En fin, lo pensaré.

Todos los pasajeros duermen y aún quedan muchas horas de vuelo. Ya no tengo ganas de escucharme. Hoy me he dado cuenta de que la Tierra es redonda, sí, como la cabeza giratoria de amatxu, y que el tiempo es un disparate que da vueltas con ella (nota: comprobar otra vez si razono bien; pero ahora no, tengo sueño). ¡Qué tiempos aquellos! Amatxu, la inestable, la extravagante, la testaruda, la hiperactiva, la recelosa, la arrogante, y sus dos satélites, el pobre aita y yo. Amatxu representaba bien todos sus papeles pero, a fin de cuentas, yo fui siempre mejor histrionisa que ella. La horrible realidad del tiempo, querida Mabel, es que percibimos en el presente, con igual o mayor intensidad, lo que realmente nos ocurrió en el pasado... ¿Dijo el Santo eso? No. Pues sí, esa es precisamente la jugarreta diaria de la maldita memoria, un tiempo ya muerto que nos empeñamos en resucitar, pero te ruego que ahora me dejes tranquila porque voy a cerrar un rato los ojos.

Keywords: el tío de Toledo.

ESCENA PRIMERA

Personas: Mabel, una niña de ocho años. Arantxa, la madre de Mabel. Koldo, el padre de Mabel.

Sala de estar de la familia Irigaray en su céntrica vivienda de Bilbao. Ambiente y mobiliario presuntuosos. Primeras horas de la tarde de un sábado de 1971. En la escena aparece Mabel gritando y llorando.

Mabel: ¡Amatxu, amatxu!... ¿Dónde estás, mami?... (Por una puerta entra Arantxa rápida y nerviosa.)

Arantxa: ¡Estoy aquí, mi princesa! Por qué lloras, qué te pasa... (Se dirige hacia Mabel y abre los brazos para abrazarla.)

Mabel (Abrazándose a su madre.): Aita..., aita dice que no..., que no..., que no me deja ir al cine. (Sigue sollozando sin ganas.)

Arantxa: ¿Por qué, tesoro? ¿Por qué no te deja?... (La besa en la frente.) (Un tiempo corto.) ¿Por qué no quiere?...

Mabel (Agresiva): ¡Porque dice que no!

Arantxa: Vamos, hijita, cálmate... ¿Qué has hecho esta vez?, alguna razón te habrá dado tu aita... A veces también piensa y de vez en cuando tiene razón... (Sigue con los besos.) (Un tiempo largo.)

Mabel (Soltándose del abrazo y cruzándose de brazos.): ¡Dice que termine mis deberes o que no hay cine! (Mira fijamente a su madre, con fiereza.)

Arantxa (Moviendo la cabeza.): Bueno, bueno, princesita, quizá tu padre tenga razón en eso. ¿No te parece?... (Le acaricia la mejilla con un dedo.)

Mabel (Retirándose bruscamente.): ¡Pues tú siempre le dices gritando que está equivocado y que es un inútil!

Arantxa (Sorprendida.): ¡Mabel, qué palabras son esas! Ven aquí... Yo no grito, tesoro, yo nunca grito... Vamos, vamos,